

La calle para el jueves 6 de mayo de 2010

Diario de un espectador

De Acapulco a Espinazo

por miguel ángel granados chapa

En las páginas de *Polvo*, la primera y magnífica novela de Benito Taibo, priva el clima áspero y reseco del norte. Ayer, para contrastar y por enseñar una modalidad de la prosa que es uno de los valores de esta pieza., nos detuvimos en un pasaje en que se describe la sombrerería de Sebastián Guadamur en Acapulco. Ahora nos trasladamos al norte, al desierto de Nuevo León, donde ocurre el corazón de esta historia, mitad fabricada en la vida, mitad forjada en la imaginación:

“”Me pongo ante la máquina de escribir, alumbrado solamente por la débil luz del quinqué, que arde con aceite comprado a precio de oro y que ilumina y huele mal al mismo tiempo, rodeado de una turba infame de mosquitos y palomillas, para intentar describir el campamento de Espinazo, Nuevo León, en el que hoy me encuentro...”

Durante el día puedo ver cómo los centenares de tiendas de campaña oscuras se desparraman aquí y allá como si hubieran sido sembradas al mero arbitrio del azar por un jardinero loco, una frente a otras, unas contra otras, unas sobre otras. Infinidad de jirones de tela que alguna vez fueron prendas de vestir ondean bajo un sol inmisericorde, como banderas de una armada vencida por el delirio; a la menor ráfaga de viento, las que alguna vez fueron blancas se ponen inmediatamente grises, gris, gris rata, gris Espinazo,

partículas minuciosas de esta tierra infértil que vuelan por el aire y se quedan para siempre prendidas en el género y la piel.

El polvo está allí para recordar insistente, machacona, tercamente, a todos los que malviven en el lugar, que este es el desierto y que con el desierto no se juega.

El tren se detiene en Espinazo de camino a Saltillo. No hay estación., sencillamente se queda quieto en medio de la nada, como un monstruo herido y sibilante para escupir lo antes posible su carga de miserias humanas.

Nadie sabe a ciencia cierta si antes estaban la decena de casas que componen el lugar, o las vías del ferrocarril, como nadie sabe igualmente si primero fue el huevo o la serpiente.

Las ventanillas vomitan entonces, en un brevísimo tiempo, somieres, bastimentos, cajas de madera con cafeteras y ollas ahumadas de tizne, bultos de ropa, niños y ancianos tullidos, camillas con sus locos firmemente sujetos que son transportadas en volandas hasta el suelo, muletas y sillas de ruedas, gallinas y sacos de carbón, anafres, mantas, a veces hasta tinas de estaño.

El maquinista, siempre impaciente, mira el reloj de bolsillo una y otra vez y suspira aliviado en cuanto se libera de su carga maldita. Arranca la locomotora, se pasa el paliacate rojo por el cuello y por la frente y no toca jamás el silbato. Aquí no hay nada que celebrar.

Deja atrás el lugar sin volver la vista.

Cuando llega a Saltillo, pide que laven con ácido muriático y agua caliente los vagones de los enfermos, y noche tras noche bebe hasta perder el sentido.

Desde hace dos años, desde que empezó en esta ruta, no ha tocado carnalmente a su mujer. No quiere tener un hijo con cola de cochino. En Espinazo, en cuanto cae la tarde y supuestamente refresca el tiempo, vagan aquí y allá, entre el charco y el pirulito, los habitantes condenados a este tiempo, a esta tierra y a esos enormes males que los aquejan Tienen la mirada vacía, los ojos ajados por el dolor y el miedo, cargan consigo sus tumores terroríficos, sus miembros inertes, sus niños babeantes...”